

LA MÚSICA INVISIBLE



Stefano Russomanno

LA MÚSICA INVISIBLE

En busca de la armonía de las esferas

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Concierto de flauta de Federico el Grande en Sanssouci,
Adolph Menzel, 1852

© Stefano Russomanno, 2017

© Fórcola Ediciones, 2017

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-8799-2017

ISBN: 978-84-16247-93-6

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A Inés y Emilio

«La armonía invisible es más fuerte que la visible.»
HERÁCLITO

«El que ve sólo notas no ve música.»
FRANCISCO GUERRERO

LA MÚSICA INVISIBLE
En busca de la armonía de las esferas

TENÍA TRECE AÑOS cuando leí en una revista una noticia que captó con fuerza mi atención. En ella se relataba un curioso experimento realizado a partir de las imágenes en alta resolución que las sondas *Voyager* habían enviado a la Tierra a su paso por Saturno. Utilizando estas fotos, alguien había tenido una extravagante idea: reproducir con la mayor precisión los anillos de Saturno en forma de surcos sobre un disco de vinilo. Luego, había organizado una audición pública para comprobar el resultado. ¿Saldría algún tipo de música de aquel singular ensayo? La mayor parte del disco resultó ser una sucesión amorfa de ruido blanco, pero en un determinado momento uno de los asistentes al acto afirmó haber reconocido, en medio de la sucesión de frecuencias sin sentido, un pequeño fragmento de la *Ofrenda musical* de Bach.

No recuerdo el nombre de la revista. Era una publicación de divulgación barata que se hacía eco de hechos insólitos e inexplicables. Años después, cuando traté de buscar información sobre aquel episodio, la única referencia que encontré fue una breve mención en un libro de esoterismo (Guido Guidi Guerrera, *Magia della piramide*, 1997, p. 107). Ni que decir tiene que la iniciativa era en sí misma un disparate y carecía de cualquier rigor científico desde su planteamiento hasta su realización. Si hubiese leído el artículo unos pocos años más tarde, lo habría pasado por alto como una anécdota intrascendente. Sin embargo, en mi imaginación juvenil aquella noticia causó una profunda impresión. La eventualidad de que en los anillos de Saturno estuviese «sonando» un fragmento de Bach venía a corroborar una sensación que hasta aquel momento me había acompañado de una manera vaga y confusa.

Música y astronomía eran mis dos grandes pasiones, y aunque me habían atrapado en momentos y circunstancias distintas, siempre había percibido entre ellas un inexplicable vínculo. Pensar ahora que algo que yo podía escuchar en forma de composición musical se encontraba al mismo tiempo en un frío y lejano rincón del Sistema Solar, engastado en los anillos de un planeta, me causaba asombro y me llenaba de entusiasmo. Aquellos objetos silenciosos que observaba por la noche con tanta fascinación adquirirían ahora una naturaleza musical. Durante mucho tiempo, cada vez que escuchaba una pieza de Bach, aunque fuese un pequeño preludio para clave, en mi imaginación surgían planetas en rotación, nebulosas, estrellas, galaxias. Todavía hoy me pasa de vez en cuando.

Mi conocimiento de la música de Bach en aquella época se limitaba a unas pocas obras: los conciertos de Brandeburgo, los conciertos para violín y alguna pieza para teclado, sobre todo órgano. Curiosamente, pese a lo ocurrido no hice intento alguno de comprarme o conseguir una grabación de la *Ofrenda musical*. La escuché por vez primera bastante más tarde, a los diecinueve años. Me la pasó un compañero de universidad con el que intercambiaba discos. Creo que, de manera inconsciente, estuve posponiendo la fecha de mi inevitable encuentro con la *Ofrenda musical* para que la fuerza de aquella temprana revelación tuviese tiempo de fermentar en mi interior y no se enfriase ante el contacto prematuro con la pieza. Sin saberlo, había tenido muy a mi manera un rudimentario atisbo de la que los antiguos llamaban la armonía de las esferas, la música inefable que se consideraba producida por la rotación de los cuerpos celestes.

Decía Rilke que la música es a la vez melodía y universo (*Tönen und All*). Estarían presentes en ella dos vertientes indisolubles: una visible, producto de la acción e invención humana, y otra invisible, un principio de resonancia cósmica que entrelaza cosas distantes en el tiempo, el espacio y la forma, englobándolas en un todo ordenado. «Sobre una de sus caras estamos nosotros, y sobre la otra, no separada de nosotros

más que por un poco de aire conmovido, tiembla la inclinación de las estrellas»¹. Aquella inverosímil noticia sobre el hallazgo de un fragmento de la *Ofrenda musical* en los anillos de Saturno insinuó poco a poco en mí el convencimiento de que la música, tal como la conocemos y etiquetamos, no es sino el pequeño afloramiento de un continente mucho más amplio que en todo momento suena a nuestro alrededor, pese a que nuestros oídos son incapaces de percibirlo.

Esta música invisible, cosida en el reverso de la música que oímos, no envuelve sólo los planetas, las estrellas y el cielo, sino todo lo existente, incluidos nosotros. El presente libro es en buena medida el relato de las escuchas, las lecturas y las experiencias que me han puesto sobre la pista de la música invisible.